

La teoría de la demanda efectiva en Keynes y Kalecki, y la “nueva macroeconomía clásica”: algunas consideraciones generales*

Jaime Puyana Ferreira†

Summary

This essay presents a rigorous review of the most important authors who have contributed to the principle of the effective demand. Jhon Maynard Keynes is usually considered as the pioneer of the theory. However, other economist such as thomas Malthus, David Ricardo, John A. Hobson, and A. F. Mummery had already posed the possibility of the occurrence of crises due to a generalized overproduction as a consequence of excessive saving. It was, without any doubt, Keynes who set forth a coherent theoretical body about the above mentioned principle.

Síntesis

En el presente ensayo se hace una rigurosa revisión de los autores más importantes que han dado aporte al principio de la demanda efectiva. Jhon Maynard Keynes es generalmente considerado como el gestor de la teoría pero sin embargo, otros economistas (Thomas Malthus, David Ricardo, John A. Hobson y A. F. Mummery) ya habían planteado la posibilidad de que pudieran ocurrir crisis de sobreproducción generalizada como consecuencia del exceso de ahorro. Sin dudas fue Keynes el que formuló un cuerpo teórico coherente sobre el mencionado principio.

1. El Principio de la Demanda Efectiva: Consideraciones Históricas

* Ponencia presentada en el “*Seminario de Economía Mexicana: Evolución Reciente y perspectivas*”. Área de Teoría Económica, Departamento de Economía, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México D.F. Diciembre 05 y 06 de 1996.

† Profesor Dpto. de Economía-CSH, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México D.F., MEXICO.

Como bien es sabido, John Maynard Keynes es generalmente considerado como el gestor de la teoría de la demanda efectiva, no obstante que dicho principio ya había sido esbozado intuitivamente antes por varios autores. Keynes, simplemente, lo formuló en una teoría coheren-

te que articulaba dichos esbozos. Esto es reconocido por el mismo Keynes en el capítulo 23 de su *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero* (1), al reseñar algunas teorías del subconsumo. Entre aquellos citados entusiastamente por el autor se encuentra Thomas R. Malthus, a quien Keynes consideraba como su precursor en un cierto sentido.

Haciendo referencia a la célebre polémica entre David Ricardo y Malthus sobre la posibilidad de que pudieran ocurrir crisis de sobreproducción generalizada (*market gluts*) como consecuencia de exceso de ahorro, o su contraparte, subconsumo, Keynes habla elogiosamente de la contribución Malthusiana, aseverando que "Si Malthus, y no Ricardo, hubiera sido el tronco del que brotó la ciencia económica del siglo XIX, cuánto más sabio y rico sería hoy el mundo". (2).

En efecto, tanto en sus *Principles of Political Economy with a View to their Practical Application*, publicados en 1820, como en su abundante correspondencia con D. Ricardo, Malthus ataca el punto de vista tradicional de que la frugalidad privada trae el bienestar público bajo todas las circunstancias. Según el autor, "un intento por acumular muy de prisa, que por necesidad entraña una disminución considerable del consumo improductivo, al estorbar notablemente los motivos habituales, debe detener en forma prematura el progreso de la riqueza ... Adam Smith ha afirmado que los capitales aumentan por la parsimonia, que todo hombre frugal es un benefactor público y que el crecimiento de la riqueza depende del excedente de la producción sobre el consumo. Que estas proposiciones son en gran parte verdaderas es perfectamente indiscutible ... Pero es por completo evidente que no lo son en extensión indefinida, y que los principios que sustentan el ahorro, llevados al extremo, destruirían los estímulos a la producción" (3).

En consecuencia, Malthus procede a defender el consumo improductivo de los terratenientes como posible solución al problema: "El problema está en si este estancamiento del capital y

el subsecuente de la demanda de mano de obra que se deriva del aumento de la producción sin una magnitud adecuada de consumo improductivo por parte de los propietarios de la tierra y de los capitalistas podría ocurrir sin perjudicar al país ni ocasionar una reducción en la felicidad y la riqueza menor que la que se habría presentado si el consumo improductivo de los terratenientes y los capitalistas hubiera sido tan bien proporcionado a los excedentes naturales de la sociedad que hubiera mantenido ininterrumpidos los motivos de la producción" (4).

Para la sabiduría convencional entonces predominante, sin embargo, tal tipo de argumentación carecía de sentido, ya que según la famosa "Ley" postulada por el más destacado economista francés de la época, Juan Bautista Say, toda producción u oferta generaba su propia demanda. Se suponía, como lo hacía Ricardo, que los ahorros necesariamente se constituían en acumulación de capital, ya que estos estaban en manos de los capitalistas. En general, se suponía que cualquier incremento en la producción generaba ingresos, los cuales se gastarían absorbiendo necesariamente aquel aumento en la producción. En una sociedad hipotética de pequeños productores de mercancías, donde no exista el trabajo asalariado y estos sean propietarios de sus instrumentos de trabajo, toda producción excedente sería llevada al mercado a fin de ser intercambiada por otras producciones excedentes, con el dinero sirviendo únicamente como medio de cambio. Allí, efectivamente, "la oferta crea su propia demanda", aunque queda aún la posibilidad de que no toda venta sea seguida necesariamente por una compra.

Lo cierto es que Malthus, y autores ortodoxos tales como John A. Hobson, A.F. Mummery, y Albert Aftalion, fueron incapaces de articular sus formulaciones en una teoría generalizada, tal como lo hizo Keynes, y la idea de la demanda efectiva permaneció durante muchos años en el invernadero, al menos en la **teoría económica ortodoxa**.

Lo anterior, sin embargo, no significa que

esta no hubiese sido potencialmente planteada, sobre bases sólidas, por autores que, como Marx, pertenecían a corrientes alternativas a la ortodoxia económica. De hecho, la hipotética situación arriba vislumbrada era designada por Marx como "producción simple de mercancías", y era caracterizada por un circuito dado por:

$$M - D' - M,$$

con

M = mercancía

D' = dinero,

y donde este se iniciaba con la venta de una mercancía, a cambio de dinero, y posteriormente este se empleaba en la compra de otra. Sin embargo, surgía la posibilidad de una interrupción, aunque esta era bastante improbable. Pero, como acertadamente lo destaca Paul M. Sweezy, "la ley de Say transforma esto en el dogma de la imposibilidad. La tesis correcta de que las crisis y la sobreproducción son improbables bajo la producción simple de mercancías, se convierte en la tesis falsa de que las crisis y la sobreproducción son imposibles en cualesquiera circunstancias ... Nadie advirtió esto más claramente que Marx, y, por lo mismo, no es sorprendente que haya dedicado mucha atención a una crítica detallada de la ley de Say (en su versión ricardiana)" (5).

En efecto, ante el razonamiento de Ricardo, cuando negaba la posibilidad de sobreproducción aseverando que "Un hombre no produce sino con el propósito de consumir o vender, y nunca vende sino con la intención de comprar alguna otra mercancía que pueda serle útil ... Los productos se compran siempre con productos, o con servicios, el dinero es solo el medio por el cual se efectúa el cambio", Marx no pudo menos que exclamar: "Este es el balbuceo infantil propio de un Say, pero indigno de Ricardo" (6).

Marx, desde una perspectiva metodológica y teórica totalmente diferente, plantea el problema de la siguiente manera: "Nada más necio que el dogma de que la circulación de mercancías supone un equilibrio necesario de las compras y las ventas, ya que toda venta es al

mismo tiempo una compra, y viceversa. Si con ello quiere decirse que el número de ventas operadas supone un número igual de compras, se formula una necia perogrullada. Pero no, lo que se pretende probar es que el vendedor lleva al mercado a su propio comprador ... Nadie puede vender si no hay quien compre. Pero no es necesario comprar inmediatamente después de haber vendido" (7).

Y si esto es cierto para el caso de la 'producción simple de mercancías', con mayor razón lo sería en el caso de una economía capitalista desarrollada, caracterizada por la compraventa de fuerza de trabajo. En efecto, según Marx, en tal caso el circuito relevante sería:

$$D - M \dots P \dots M' - D',$$

donde $M' > M$, y $D' > D$ y

D, D' = dinero,

M, M' = mercancía,

P = producción.

Los capitalistas inician el mismo adquiriendo mercancías en la forma de medios de producción y trabajo asalariado, y tras el proceso de producción, donde surgen mercancías por un valor superior al de las adquiridas por los trabajadores con sus salarios, intentan vender estas en el mercado final. En este punto, no hay garantía alguna de que estas sean vendidas ("realizadas", en la terminología de Marx). Así, el problema de la 'realización' de Marx es equivalente al problema de la existencia de 'demanda efectiva' de Keynes. Toda esta problemática es analizada por Marx y sus discípulos (Rosa Luxemburgo, por ejemplo (8)) mediante los conocidos 'esquemas de la reproducción'.

Podemos ver, entonces, que la crítica a la ley de Say ya había sido efectuada previamente por Marx, sentando las bases para una teoría de la demanda efectiva. Dado que Marx concentró sus esfuerzos principalmente en el análisis de las condiciones de producción, más que en las de realización, tal tarea le correspondería, como lo veremos posteriormente, a Michal Kalecki, basándose en su obra. Para varios autores, como Joan Robinson (9), la autoría del prin-

cipio de la demanda efectiva le corresponde en realidad a Kalecki, ya que dicho autor elaboró planteamientos similares a los de Keynes en una serie de artículos publicados entre 1931 y 1935, aunque sin alcanzar el impacto que tuvo la Teoría General. Es decir, habría tenido prioridad de publicación, e inclusive habría desarrollado una macroeconomía hasta un cierto punto superior, en la medida en que consideraciones referentes a la distribución del ingreso jugaban un importante papel en su teoría de la demanda efectiva. Lo anterior, sin embargo, parece ser bastante discutible, como lo destaca Malcom C. Sawyer en una obra sobre la teoría económica kaleckiana (10).

Keynes, por su parte, nunca tuvo un conocimiento adecuado de la obra de Marx, y sus lecturas de la misma fueron fragmentarias y fuertemente prejuiciadas. De hecho, siempre se refirió a ella despectivamente. La consideraba como "ilógica, obsoleta, científicamente errónea, y sin interés o aplicación al mundo moderno" (11). Para Keynes, Marx pertenecía a "las regiones del bajo mundo", junto con Silvio Gesell y el mayor Douglas (12).

Para Joan Robinson, lo anterior fue bastante lamentable. Al parecer, Keynes "se hubiese ahorrado muchos problemas tomando a Marx como punto de partida. En la "arena" en que, en 1931, discutimos el Tratado, Khan aplicó el problema del ahorro y la inversión imaginando un cordón en torno a las industrias de bienes de capital y estudiando luego el comercio entre estas y las industrias de bienes de consumo; estaba haciendo esfuerzos por redescubrir el esquema de Marx. Kalecki partió de ahí" (13).

Al parecer, sin embargo, Keynes no era tan totalmente ignorante de ciertos aspectos de la obra de Marx asociados con el principio de la demanda efectiva, como habitualmente se supone. M.C. Howard y J.E. King, en su importante obra sobre la historia de la economía Marxista (14), señalan que hacia 1933 —probablemente bajo la influencia de Piero Sraffa— Keynes había tomado una línea menos despectiva, y en sus clases hacía alusión al tratamiento dado por

Marx al problema de la realización, encontrando estrechas aproximaciones entre Marx y Malthus con respecto a la demanda efectiva. Dichos autores citan un primer borrador de la Teoría General, escrito también en 1933, donde puede observarse claramente que, al menos, Keynes no era ajeno al tratamiento dado por Marx al circuito del capital. Vale la pena reproducir dicha cita en su totalidad:

"La distinción entre una economía cooperativa y una economía de empresarios sustenta alguna relación con una fructífera observación hecha por Karl Marx, aunque el subsecuente uso que él le dio a esta observación fué ilógico en extremo. Él señaló que la naturaleza de la producción en el mundo actual no es, como a menudo parecen suponer los economistas, un caso de $M - D - M'$, esto es, de intercambiar mercancía (o esfuerzo) por dinero, en orden a obtener otra mercancía (o esfuerzo). Esta puede ser la posición del consumidor privado. Pero no es la actitud del negocio, cuyo caso es el de $D - M - D'$, es decir, de deshacerse de dinero por mercancía (o esfuerzo), en orden a obtener más dinero ... El exceso de D' por sobre D es la fuente de la plusvalía. Es una curiosidad en la historia de la teoría económica que los heréticos de los pasados cien años que, en una u otra forma, le han contrapuesto la fórmula $D - M - D'$ a la fórmula clásica $M - D - M'$, han tendido a creer ya sea que D' tiene siempre y necesariamente que exceder a D , o que D tiene siempre y necesariamente que exceder a D' , acorde a como si estuvieran viviendo en un período en el cual la una o la otra predominasen en la experiencia práctica. Marx y quienes creen en el carácter necesariamente explotativo del sistema capitalista, aseguran el inevitable exceso de D' , mientras que Hobson, o Foster y Catchings, o el Mayor Douglas, que creen en su tendencia inherente a la deflación y el subempleo, afirman el exceso inevitable de D . Marx,

sin embargo, se estaba aproximando a la verdad intermedia cuando añadió que el exceso de D' sería inevitablemente interrumpido por una serie de crisis, creciendo gradualmente en intensidad, o bancarrotas de empresarios y subempleo, durante los cuales, presumiblemente, D tiene que estar en exceso. Mi propio argumento, si es aceptado, debería por lo menos servir para lograr una reconciliación entre los discípulos de Marx y los del Mayor Douglas, dejando a los economistas clásicos empantanados en la creencia de que D y D' son siempre iguales" (15).

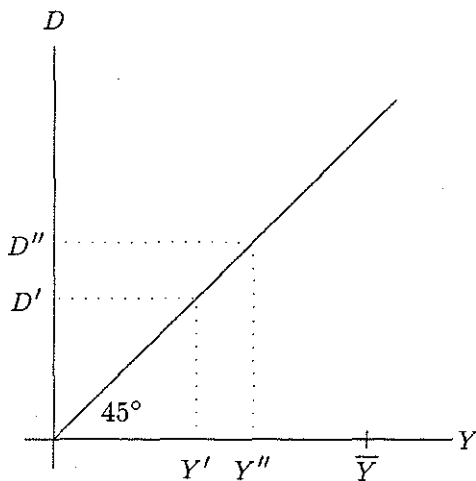
Sin embargo, como lo anotan Howard y King, el fugaz coqueteo con Marx involucrado en este comentario fue lo más lejos a lo que llegó Keynes en su relación con la teoría Marxista. Los autores inclusive destacan, correctamente, que en dicho borrador de la *Teoría General*, Keynes no cita correctamente a Marx, ya que su fórmula para la circulación precapitalista ("economía cooperativa", en la terminología de Keynes) es $M - D - M$, (y no $M - D - M'$), mientras que la correspondiente al capitalismo es $D - M...M' - D'$ (y no $D - M - D'$, como la tendría Keynes). Tras dicho comentario, que eventualmente no aparecería en la versión definitiva de la *Teoría General*, Keynes regresó al año siguiente a sus opiniones previas, considerando al Capital de Marx como uno de los pilares de la ortodoxia del siglo XIX que descansaba en fundamentos Ricardianos (que para Keynes eran la ley de Say), y que era indispensable demoler (16).

Debe destacarse, entonces, que la raigambre Marshalliana (y los prejuicios antimarxistas) de Keynes eran demasiado profundos como para permitirle haber realizado un estudio más abierto y desinteresado de Marx. Tendrían que ser algunos de sus discípulos quienes se encargarían de tal tarea, con resultados bastante esclarecedores tanto para keynesianos como para marxistas (17).

2. Keynes y la Teoría de la Demanda Efectiva

Ahora bien, el principio de la demanda efectiva, tal como lo formuló Keynes, consiste en partir de una sociedad capitalista industrializada con una capacidad productiva instalada dada. Se supone un período de tiempo para el cual el acervo (*stock*) de capital no cambia. Ahora bien, dicha capacidad instalada puede, junto con la mano de obra disponible, generar una producción u oferta agregada **potencial de corto plazo**. Aquí, para utilizar la acertada clarificación de A. Bhaduri, "La expresión "corto plazo" tiene una connotación analítica específica. No denota un lapso de calendario, o sea tantos días o meses. Como lo definió Marshall para propósitos teóricos, el corto plazo es un lapso imaginario en que estan dadas ciertas condiciones de oferta. En líneas generales puede tomarse como el espacio de tiempo en que la oferta potencial de mercancías permanece constante. Para toda economía el aumento de la oferta potencial es un proceso largo, puesto que los bienes de capital requeridos para ello tardan tiempo en ser producidos, instalados y puestos en funcionamiento. De ahí que sea razonable imaginar *que en el corto plazo el acervo de bienes de capital no cambia*" (18).

Podemos ver entonces que capacidad productiva no significa producción, sino producción **potencial**. Para que pueda haber una producción efectiva, tiene que haber una **demanda efectiva**. Esto, por lo general, es representado en los textos de macroeconomía mediante un diagrama introducido por el economista estadounidense Alvin Hansen, en el cual se representa el producto neto agregado (Y) en el eje horizontal, y la demanda efectiva total en el eje vertical (D). Habrá un nivel de oferta agregada, Y , que representa la utilización plena de la capacidad instalada. Pero para que dicho producto neto agregado se materialice, debe existir una demanda por el mismo.



En general, para que se produzca cualquiera de los niveles de oferta medidos en el eje horizontal, es necesario que se estén generando los correspondientes niveles de demanda efectiva medidos en el eje vertical. Es decir, para utilizar las palabras del destacado economista chileno Julio López, “En toda economía capitalista los niveles de la producción y del empleo están determinados no por las capacidades productivas (humanas y materiales), sino por las posibilidades de venta (los mercados), esto es, por la demanda efectiva.” (19). En otras palabras: la demanda efectiva engendra producción (y empleo).

Algunos autores keynesianos, como John H. Hotson, consideran como inadecuada la anterior presentación gráfica, y sugieren que estaría más dentro del espíritu de lo planteado por Keynes representar en el eje de las ordenadas la oferta (Z) y la demanda (D) agregadas, mientras que el eje de las abscisas mediría los correspondientes niveles de empleo (N) generados por los puntos de intersección de las distintas posibles curvas de oferta y demanda agregada. Un eje de ordenadas paralelo mediría los niveles de precios correspondientes a cada nivel de demanda efectiva. Se aduce que dicha presentación permite representar la oferta agregada como las **percepciones esperadas** (es decir, necesarias) que le justificarían a los empresarios generar diferentes

niveles de empleo. Así, se basaría en **expectativas** aún no materializadas y sería una representación más fiel de la función de oferta agregada, $Z = @ (N)$, definida por Keynes. Lo anterior haría que “el lado de la oferta del análisis de Keynes quede plenamente articulado, en vez de estar restringido a una línea de 45 o totalmente desprovista de contenido de nivel de precios y representando tan solo el truismo de que el ingreso real = producción real” (20). Es probable que el autor tenga razón, aunque tal presentación complica innecesariamente una explicación inicial del principio de la demanda efectiva, y es útil más bien para criticar el “keynesianismo bastardo”, lo cual es el propósito declarado del autor. En cuanto a la función de demanda, esta se refiere a la demanda **realizada**, dada por $D = C + I$.

Obviamente, planteado así el proceso por medio del cual la demanda genera producción e ingreso, el paso siguiente dado por Keynes fue el de establecer cuáles eran las determinantes de la demanda efectiva. Es en este punto donde Keynes retoma una metodología que virtualmente había desaparecido, con la hegemonía de la economía ortodoxa: la de enfocar los problemas económicos en términos **agregados**.

No obstante sus críticas a lo que él, equivocadamente en nuestra opinión, designa como “los clásicos” (refiriéndose en realidad a lo que hoy consideraríamos como economistas ortodoxos o “Neoclásicos”), lo cierto es que Keynes retoma la tradición metodológica y los fines de la economía política clásica inglesa, particularmente en su vertiente Ricardiana. Esto lo han destacado autores tan disímiles como L. Pasinetti y J. Schumpeter (21), y no creemos necesario extendernos al respecto.

Ahora bien, es ya demasiado conocido que los componentes básicos de la demanda efectiva, para Keynes, son los niveles de demanda por bienes de **consumo** y por bienes de **inversión**. En lo que respecta a los gastos gubernamentales, para efectos de simplificación estos pueden ser consolidados en las dos categorías anteriores, según su naturaleza, razón

por la cual no los establecemos aquí como una categoría aparte. Básicamente, el propósito de Keynes es entonces contruir, respectivamente, sendas teorías del consumo y de la inversión. Actualmente, los elementos básicos de tales teorías son ampliamente conocidos, pero la estructura de tales teorías ha sido sometida a múltiples interpretaciones, muchas de ellas —como es ampliamente reconocido en la actualidad— incompatibles con el espíritu mismo del planteamiento Keynesiano.

Dado que en otro trabajo hemos tratado esta problemática con algún detalle (22), nos limitaremos en esta ocasión a expresar que la ambigua ruptura de Keynes con el cuerpo dominante de pensamiento neoclásico permitió que, a la postre, sus ideas básicas fuesen reinterpretadas y absorbidas de una manera selectiva, dentro del cuerpo de pensamiento económico dominante antes de la publicación de la Teoría General. Lo fundamental a considerar es que el consumo es el elemento **estable** y relativamente **predecible** de la demanda, dependiendo del nivel de ingresos, e incrementándose con el mismo, aunque en una proporción decreciente.

La inversión, por su parte, es el componente **errático** y relativamente **impredecible** de la demanda, puesto que depende de decisiones tomadas por los inversionistas con base en expectativas inciertas sobre ganancias futuras sobre los activos en los cuales se proyecta invertir. La incertidumbre juega un papel muy importante en el sistema keynesiano. Ésta, sin embargo, prácticamente desaparece cuando la función de inversión se incorpora a sistemas de equilibrio general basados en una metodología de estática comparativa, donde las previsiones de los agentes económicos siempre son satisfechas.

Planteado el problema de esta manera, vemos cómo una inversión impredecible y fluctuante determina, mediante multiplicador, los correspondientes niveles de ingreso. Estos, por su parte, dada la propensión a consumir (y, por lo tanto, a ahorrar), establecen los correspondientes niveles de consumo y de ahorro. Es-

tos últimos serán justamente los necesarios para igualarse con los niveles de inversión que iniciaron el proceso. Sin embargo, dicha igualdad entre ahorro e inversión no tiene que tomar lugar, necesariamente, a niveles de producción e ingreso que correspondan al pleno empleo. En efecto, el mencionado equilibrio es posible a diferentes niveles de ingreso, siendo el de pleno empleo uno de los posibles casos de equilibrio. Si se obtiene, ello sería por razones fortuitas, dado el carácter inestable y errático de la inversión privada.

Una visión como la anterior necesariamente llevaba a Keynes a determinar la tasa de interés mediante una teoría diferente a la entonces predominante, que la explicaba como resultante de la interacción de curvas de oferta de ahorros y de demanda por fondos de inversión. Así, como bien es sabido, Keynes pasó a considerarla como un fenómeno monetario, siendo su nivel establecido por la interacción de la oferta monetaria (fijada por las autoridades de la Banca Central) y la demanda por dinero. En este punto, el autor introduce su teoría de la **demanda por liquidez**. No entraremos en detalles sobre la misma, dado que esta es bastante conocida. El punto básico es que considera que el dinero puede ser demandado por motivos diferentes al de meramente atender transacciones, y que motivos especulativos, **también** fuertemente influidos por la incertidumbre, introducen un elemento adicional de inestabilidad dentro del funcionamiento del sistema.

Resumiendo lo anterior, vemos una cadena de causalidad básica en la determinación de la demanda agregada: la interacción de la oferta monetaria y la demanda por liquidez (incierto e inestable) determina la tasa de interés; posteriormente, la interrelación de dicha tasa con las expectativas (también erráticas e inciertas) sobre ganancias futuras esperadas de los capitalistas (las cuales configuran la “eficiencia marginal del capital”) determinan el volumen de inversiones, el cual es el elemento errático e impredecible de la demanda agregada. Este, por su parte (mediante multiplicador), incide

en el nivel total de consumo —el elemento estable y predecible de la demanda agregada—, determinándose de esta manera la demanda y el ingreso totales, y por ende entonces, el volumen de ahorros que iguala al nivel de inversiones. Dicho nivel de demanda agregada, por su parte, absorberá un correspondiente nivel de oferta agregada —que no será necesariamente el que genera el pleno empleo y utilización de recursos—, estableciéndose así la demanda efectiva.

El resto es ya historia. Las formulaciones keynesianas tuvieron una gran aceptación entre la mayor parte de los miembros jóvenes de la profesión económica, tal como lo constatan los testimonios de economistas con criterios tan disímiles como Paul M. Samuelson y Paul M. Sweezy (23), quienes por ese entonces eran estudiantes. El grueso de los economistas establecidos, por otra parte, manifestaron su rechazo a las mismas. Posteriormente tomaría lugar una lenta absorción de partes de la *Teoría General* dentro de la teoría ortodoxa, constituyéndose lo que se bautizaría como la “Síntesis Neoclásica”, la cual dominaría el pensamiento macroeconómico —aunque no sin importantes resistencias— hasta comienzos de los 70.

3. Kalecki y la Demanda Efectiva.

Algunos años antes de la aparición de la *Teoría General*, un brillante aunque desconocido economista polaco, Michal Kalecki, formulaba en una serie de artículos planteamientos similares a los de Keynes sobre la demanda efectiva, aunque basado en una matriz de conocimiento diferente: la teoría económica de Marx. Como ya lo destacamos arriba, Marx distingue claramente entre las condiciones de producción, y las condiciones de realización, siendo estas últimas las condiciones bajo las cuales los capitalistas pueden vender sus mercancías en el mercado final de bienes y servicios.

A diferencia de Keynes, Kalecki parte de una

estructura de clases. Los ingresos se dividen entre salarios y ganancias, con cada clase asumiendo un cierto patrón de comportamiento dado con relación a su consumo. La clase trabajadora, debido a su poca capacidad de ahorrar, gasta la totalidad de sus sueldos y salarios en consumo. En la terminología de Keynes, tendrían una “propensión a consumir” igual a la unidad. Con respecto a los capitalistas, estos perciben ganancias, y pueden utilizar las mismas consumiéndolas o invirtiéndolas en acumulación de capital. El consumo capitalista tiende a ser relativamente estable, siendo la inversión el elemento dinámico del gasto capitalista. Así, a diferencia de Keynes, quien no distingue categorías de ingreso, en Kalecki encontramos que el ingreso se divide entre sus principales categorías, para subsecuentemente identificar el gasto de trabajadores y capitalistas de acuerdo con su posición en la estructura de clases. Tendríamos entonces:

$$Y = W + P \\ = Ck + Ib + Cw,$$

donde

Y	=	ingreso
W	=	sueldos y salarios
P	=	ganancias
Ck	=	consumo capitalista
Ib	=	inversión bruta
Cw	=	consumo obrero

Ahora bien, en la anterior igualdad, los sueldos y salarios se cancelan con el consumo obrero, ya que estos no ahorran, obteniéndose la igualdad:

$$P = Ck + Ib.$$

Para Kalecki lo anterior no pasaría de ser una tautología, cierta por definición, si no se establece claramente una dirección de causalidad. El autor considera que los capitalistas pueden tomar decisiones de inversión y consumo (las cuales dependerían, respectivamente, de las ganancias esperadas y sus fluctuaciones, y de las ganancias obtenidas durante períodos previos), mientras que no pueden decidir sobre las

ganancias que obtienen. Por lo tanto, estableciendo "retrasos" y otras cualificaciones, se establece la conocida asimetría Kaleckiana de que los obreros gastan lo que perciben, mientras que los capitalistas perciben lo que gastan.

Keynes, en su obra previa a la *Teoría General*, el *Tratado sobre el Dinero*, había planteado también la posibilidad de que los capitalistas recibieran lo que gastaban (24), aunque lo hizo desde una perspectiva ortodoxa radicalmente diferente a la utilizada por Kalecki, o inclusive por él mismo en la *Teoría General*, ya que asumía plena utilización de recursos y pleno empleo. Fue lo que se designó como la paradoja de "la olla de la viuda" ("widow's cruse"), descrita así por Joan Robinson:

"en las abstracciones del *Tratado* apenas se menciona el desempleo. El alegato postula una posición de equilibrio en un momento dado, en que el ahorro es igual a la inversión y el nivel de la ganancia es normal. En ese momento un aumento de inversión causa un aumento de precios y, por lo tanto, la ganancia es mayor. Esto se llama exceso de inversión con relación al ahorro, debido a una serie de definiciones peculiares. Este exceso no se reduce por el gasto sobre el consumo, ya que si se gasta una parte de la ganancia, los precios suben aún más, los precios son la "olla de la viuda" que no se agota. Pero, en sentido opuesto, si los inversionistas reducen el consumo para ahorrar, "la olla se transforma en una vasija de Danaides que no se puede llenar jamás" (Keynes, John M., *Obras Compl.*, Vol. XIII, p.339) (25). También otros destacados economistas han contrastado las diferencias entre los dos autores (26).

Ahora bien, los resultados que obtuvo Kalecki pueden atribuirse en gran parte a que se basó en los "esquemas de la reproducción" de Marx, aunque sin hacer un uso ortodoxo de los mismos. De hecho, existen importantes diferencias entre los dos autores. Como bien es sabido, Marx formuló sus esquemas en el Tomo II de *El Capital*, a fin de analizar "el proceso de circulación del capital social". Su propósito era establecer las interrelaciones entre los distintos sectores de la

economía que le permitieran a esta reproducirse período tras período, ya fuese al mismo nivel ("reproducción simple"), o expandiéndose ("reproducción ampliada"). Marx, sin embargo, operaba a un alto nivel de abstracción, en términos de la teoría del valor-trabajo. No surgía la posibilidad de desplazamientos de capitales entre sectores e industrias, como resultado de diferenciales en tasas de ganancias, ya que asumía la misma "composición orgánica del capital" (relación C/V) entre los sectores en que desagregaba la economía. Por lo demás, a ese nivel de abstracción, donde el producto social está subdividido entre un sector que produce medios de producción (materias primas y equipo de capital) y otro que agrupa todas las industrias que producen medios de consumo, no se plantea el problema de muchos capitales compitiendo entre sí. Este sólo surge en el Tomo III, cuando se estudia el problema de los precios de producción, como valores transformados, debido a la tendencia a igualación de la tasa de ganancias.

Kalecki, por su parte, tenía como propósito analizar las condiciones que llevaban a que surgiera producción que no podía ser vendida debido a falta de mercados, y tuviese entonces que ser almacenada de manera involuntaria como inventarios. Cuando surge tal anomalía, la ganancia *esperada* por los capitalistas difiere de la efectivamente *realizada*. Esta discrepancia, como lo vimos arriba, fue formalizada por Keynes en su teoría de la demanda efectiva. Marx solamente *formula* el problema como uno de **parte del excedente o plusvalía que no se convierte en ganancia**. Kalecki desarrolla esta problemática en una teoría de la ganancia. Para ello, sin embargo, debe operar a nivel de precios de mercado, dejando de lado el nivel de abstracción dado por la teoría del valor.

Dado lo anterior, Kalecki procede a establecer un conjunto de supuestos, dentro de los cuales, creemos, dos son los más importantes:

1. Partir de la base de que, en el capitalismo, desde al menos los años 30, la mayor parte de las industrias están altamente con-

centradas y centralizadas, y se encuentran dominadas por unas cuantas empresas que se constituyen en oligopolios. Estas tienden normalmente a operar a menos de su plena capacidad, y tienen el poder de fijar sus precios estableciendo un cierto margen de ganancias por sobre sus costos primos (materiales y sueldos) unitarios. Dicho margen de ganancias ("mark-up") dependerá de lo que el autor llama "grado de oligopolio", un concepto bastante polémico que depende del nivel de concentración del capital, del poderío relativo de las organizaciones sindicales, del grado de tecnificación de la firma y la industria, etc. El "grado de monopolio", como se verá luego, tiene mucho que ver con la distribución del ingreso entre capitalistas y obreros, y por lo tanto con la demanda efectiva.

2. Sectorizar la economía en tres departamentos o sectores: el departamento I, que produce equipo de capital fijo ("bienes de inversión"), el departamento II, que produce bienes de consumo para los capitalistas ("bienes suntuarios"), y el departamento III, que produce bienes de consumo para los asalariados u obreros ("bienes salario") (27). A diferencia de Marx, sin embargo, Kalecki supone, para abstraerse del problema representado por las transacciones intermedias de las materias primas, que cada departamento está **verticalmente integrado**, es decir, que las materias primas empleadas como insumos en la producción final de bienes de inversión y de consumo son producidas, respectivamente, en cada departamento. Esto implica que la producción final de cada departamento es su valor agregado, o sea la suma de salarios (W) y ganancias (P). Por otra parte, la producción final de materias primas se excluye del departamento I, quedando este limitado tan solo a la producción de equipo de capital fijo.

Ahora bien, dados los anteriores supuestos, Kalecki obtiene resultados que parecerían

paradójicos, pero que implican un tratamiento bastante adecuado del principio de la demanda efectiva. En primer lugar, el tratamiento dado al sector industrial moderno, rechazando la "competencia perfecta" como un punto de referencia válido, y partiendo del oligopolio como el agente económico productivo básico, llevó al autor a una teoría de los precios mucho más realista y fructífera que la teoría estándar neoclásica, que fue aquella en la que se basó en gran parte Keynes.

En efecto, si se estudian las prácticas de fijación de precios de las empresas modernas, encontramos que estas se aproximan más a lo postulado por Kalecki, y por muchos de sus discípulos Postkeynesianos actuales (28). De hecho, en los estudios actuales sobre Administración de Empresas, que por su naturaleza misma deben tener los pies en la realidad, rara vez se considera la llamada competencia perfecta como un enfoque realista o útil. A partir del concepto de "grado de monopolio", el cual se refleja en el margen de ganancias establecido por sobre los costos fijos unitarios, podemos establecer la relación $k = p/u$, donde p es el precio fijado por la empresa, y u es su costo primo unitario. Dicha relación puede ser calculada a nivel de la economía como un todo, aunque los procedimientos de agregación del autor han sido criticados (29).

Tras algún manipuleo algebraico, cuyos detalles hemos presentado en otro trabajo (30), Kalecki llega a la siguiente fórmula:

$$w = \frac{1}{1 + (k + 1)(1 + j)},$$

donde:

- w = participación de los salarios en el valor agregado;
- k = relación ventas/costos primos a nivel agregado. Equivale a la relación p/u para toda la economía;
- j = relación costos de materiales/salarios pagados para toda la economía.

Puede verse que el incremento de los indicadores k y j , lo cual refleja aumentos en el grado de monopolio de toda la economía, implica un descenso de w (participación de los salarios en el valor agregado), esto es, un empeoramiento en la distribución del ingreso. Lo anterior queda más simplemente expresado si suponemos que los costos primos a nivel agregado son los salarios. Se tendría entonces que $k = Y/W$, es decir, que $w = W/Y$ es lo mismo que $w = 1/k$. Obviamente, al elevarse k , debido a un incremento en el grado de monopolio, w debe necesariamente descender.

Por otra parte, si definimos a la participación de las ganancias en el valor agregado como $e = P/Y$, y recordamos que Kalecki establecía que $P = Ck + I$, entonces tendremos que $e = (Ck + I)/Y$. Es decir, que $Y = (Ck + I)/e$. O sea, que el nivel de ingreso depende no solamente del gasto capitalista ($Ck + I$), sino también de la distribución del ingreso (e). Desde luego, este tipo de conclusiones es presentada por Kalecki de una manera mucho más sofisticada. Remitimos al lector a nuestro trabajo arriba citado, y a las importantes contribuciones al respecto del Dr. Julio López de la Facultad de Economía de la UNAM (31).

Otro punto importante en Kalecki, que no debe soslayarse, es que en su obra puede encontrarse lo que podría designarse como un multiplicador implícito. Aunque Kalecki nunca elaboró un tratamiento tan detallado como el de Khan-Keynes al respecto, ni utilizó el término "multiplicador", puede deducirse de su obra que tenía también en mente un concepto similar. En efecto, tras un complejo proceso de elaboración, Kalecki convierte la igualdad $P = Ck + I$ en la fórmula $Pt = (1/(1 - q)) \cdot It$, donde las ganancias quedan plenamente determinadas por las decisiones de inversión capitalistas. El consumo de los mismos juega su influencia únicamente a través del porcentaje de las ganancias (q) que estos deciden consumir (en la terminología de Keynes, la "propensión a ahorrar" de los capitalistas). Por lo tanto, $Pt = It/(1 - q)$.

En otra parte, como ya vimos arriba, el autor

muestra que $e = P/Y = (Y - W)/Y = 1 - w$. Es decir, que $P = Y(1 - w)$. Por lo tanto, $Y = P/(1 - w)$. Así, si:

$$\Delta Pt = \frac{\Delta It}{1 - q}, \quad \text{y} \quad \Delta Y = \frac{\Delta Pt}{1 - w},$$

entonces:

$$\Delta Y = \frac{\Delta It}{(1 - w)(1 - q)}.$$

El "multiplicador" kaleckiano estaría dado por $1/(1 - w)(1 - q)$. En el mismo juegan papel no solamente la "propensión a ahorrar" de los capitalistas (q) —quienes son los únicos ahorradores en la concepción kaleckiana—, sino la distribución del ingreso, expresada en la participación de los salarios en el valor agregado (w). Si procedemos a expresar a

$$(1 - q) = \frac{\text{Ahorro capitalista}}{\text{Ganancias}} = \frac{Sk}{P},$$

y

$$a(1 - w) = \frac{P}{Y},$$

entonces tenemos que

$$\begin{aligned} (1 - q)(1 - w) &= \frac{Sk P}{P Y} \\ &= \frac{Sk}{Y} \\ &= \text{propensión a ahorrar} \\ &\quad \text{de los capitalistas} \\ &= sk. \end{aligned}$$

Entonces, el multiplicador "kaleckiano", $(1/sk)$, sería "formalmente" igual al keynesiano. Simplemente, el "kaleckiano" consideraría como ahorradores únicamente a los capitalistas. Probablemente Kalecki tenía en mente una concepción similar a la de Keynes, a juzgar por el siguiente comentario: "el ingreso o producto bruto aumenta más que la inversión debido al efecto del aumento de la inversión sobre el consumo de los capitalistas [factor $1/(1 - q)$] y sobre el ingreso de los trabajadores [factor $1/(1 - w)$]. Como se supone aquí que el consumo de los trabajadores es igual a su ingreso, esto significa

que el ingreso se eleva más que la inversión a causa de la influencia del aumento de la inversión sobre el consumo de los capitalistas y los trabajadores. Durante una depresión, el descenso de la inversión provoca también una reducción del consumo, de suerte que la baja del empleo es mayor que la que produce directamente la reducción de la actividad de inversión" (32). En la actualidad, discípulos de Kalecki como A. Bhaduri, basados en su obra, han elaborado la teoría del multiplicador a niveles que, en nuestra opinión, son superiores a cualquier cosa que hayan presentado los keynesianos, particularmente los pertenecientes a la "síntesis neoclásica" (33).

En lo que respecta a la sectorización de la economía inspirada en los "esquemas de la reproducción" de Marx, ella le permite a Kalecki alcanzar conclusiones muy interesantes en lo que respecta a las interrelaciones que se deben mantener entre los distintos subsectores de la economía a fin de mantener niveles satisfactorios de demanda efectiva. Por una parte, desde la perspectiva de los salarios pagados en los tres sectores, sabemos que la totalidad de los mismos se utilizará en comprar toda la producción del departamento III. Parte de la misma se vende a los mismos trabajadores empleados por dicho sector. Ello implica que los capitalistas deberán vender la producción restante a los obreros de los sectores I y II, para poder realizar sus ganancias. Por lo tanto, *las ganancias de los capitalistas del departamento III serán iguales a la suma de los salarios de los trabajadores de los sectores I y II.*

El problema de la realización, sin embargo, no concluye ahí. Dados los supuestos del autor, la clase capitalista como un todo puede consumir o invertir sus ganancias. Esto implica que la totalidad de dichas ganancias se emplearán en comprar la producción de los sectores I (bienes de inversión) y II (bienes suntuarios), respectivamente. Por lo tanto, *las ganancias totales de la clase capitalista son iguales al valor agregado generado por los sectores I y II, respectivamente.* Es decir, que los salarios pagados en

los tres sectores compran la producción del sector III, siendo los salarios de los sectores I y II los que realizan las ganancias de los capitalistas del sector III. Por otra parte, tras de deducir los salarios pagados, las ganancias de todos los capitalistas compran la producción de los sectores I y II, realizando así las ganancias de los capitalistas de dichos sectores.

Algunos autores de persuasión kaleckiana, como el economista Amit Bhaduri arriba citado, prefieren —por razones básicamente didácticas— explicar la demanda efectiva mediante la tradicional sectorización marxista de dos departamentos, agrupando a toda la producción de bienes de consumo en el sector II. Creemos que, en efecto, dicho procedimiento permite presentar más fácilmente tal principio. Por una parte, se destaca el hecho de que, mientras los gastos de inversión en equipo de capital implican expectativas inciertas con respecto al futuro, dado el carácter duradero de dicho tipo de bienes, el gasto de consumo está asociado al presente, ya que en su mayor parte dicho tipo de bienes satisfacen necesidades inmediatas. Esto hace que sea más difícil especificar las determinantes de la inversión de las determinantes del consumo, y explica por qué, dada la incertidumbre, se asume que en el corto plazo los gastos de inversión se determinan autónomamente.

Otro aspecto importante de esta sectorización es que permite destacar el hecho de que, como los bienes de inversión no se consumen, entonces los trabajadores del departamento I tienen que consumir bienes producidos en el departamento II, y por lo tanto los trabajadores del sector II no solamente deben producir sus propios bienes de consumo sino un excedente destinado a los trabajadores del departamento I, aparte de lo necesario para el consumo de los capitalistas de *ambos* sectores.

Ahora bien, el gasto **autónomo** representado por los salarios pagados en el departamento I de bienes de inversión debe absorber el excedente de bienes de consumo producido por los trabajadores del departamento II de bienes de consumo, tras haberse deducido de dicho con-

sumo lo necesario para salisfacer el consumo de la clase capitalista. De lo contrario, aparecerá una **acumulación indeseada** o no planeada de inventarios (34)

Los anteriores son, en nuestra opinión, los aspectos fundamentales del tratamiento dado por Keynes y Kalecki al problema de la demanda efectiva. No intervendremos en este escrito, por razones de espacio, en la intensa polémica —que aún persiste— sobre cuál de los dos autores tiene preminencia. La literatura al respecto es muy abundante, y preferimos remitir al lector a la misma (35).

4. “La Nueva Macroeconomía Clásica”. ¿Es Necesaria la Demanda Efectiva?

No trataremos sino muy brevemente sobre la relación entre la “Nueva Macroeconomía Clásica” y el principio de la demanda efectiva, por dos razones fundamentales: 1) Nuestras opiniones sobre la “Nueva Macroeconomía Clásica” y su relación con las demás escuelas de pensamiento macroeconómico han sido exhaustivamente expuesta en ponencias presentadas en varios Seminarios y Coloquios, y sería redundante manifestarlas de nuevo en esta ponencia. Referimos al lector a dichas ponencias; y 2) La “Nueva Macroeconomía Clásica”, por su mismo enfoque y metodología, simplemente no tiene una teoría de la demanda efectiva, y no ve esto como un problema.

Como lo planteábamos en las ponencias arriba referidas, la “Nueva Macroeconomía Clásica” es un desprendimiento radicalizado de la versión monetarista de la “Síntesis Neoclásica”. Esta última, por su parte, basada en una serie de supuestos con respecto a las pendientes de las conocidas funciones IS y LM, y algún respaldo empírico, concluía en que la política fiscal era ineficiente (tanto en el corto como en el largo plazo), y que solo funcionaba, en el corto plazo la política monetaria, aunque era conveniente convertirla en una norma fija

de incremento de la oferta monetaria, y no en política activa.

Un proceso inflacionario creciente, acompañado de altos niveles de desempleo, llevaron al total descrédito del paradigma de “Síntesis Neoclásica” dominante (el cual era identificado, al menos en los E.U.A., con Keynes), y a su remplazo por enfoques más acordes con el Neoliberalismo abanderado por las Administraciones Reagan y Thatcher en los E.U.A. y la G.B., respectivamente. Es en este punto donde ingresa al escenario con plenos honores lo que hoy se da en llamar la “Nueva Macroeconomía Clásica”.

Aceptando plenamente una versión extrema del equilibrio general Walrasiano —el cual nunca fue considerado por Keynes, por no hablar de Kalecki, como un enfoque serio de la realidad— se supone una flexibilidad absoluta de precios y salarios, dado que los agentes económicos operan sobre la base de ‘expectativas racionales’, y no pueden sistemáticamente equivocarse. También se supone una completa neutralidad del dinero. Por lo tanto, no solo en el largo sino en el corto plazo, los mercados tienden siempre a estar ‘despejados’ (es decir, oferta = demanda). Esto lleva a postular que todo desempleo es voluntario, y existe además una tasa natural de desempleo que, básicamente, es aquella compatible con la existencia de un nivel de precios estable. Dentro de este enfoque, toda política económica, sea esta monetaria o fiscal, se vuelve ineficiente, puesto que los agentes económicos, dadas sus expectativas racionales, la pueden contrarrestar. Por lo tanto, la mejor política económica es básicamente no tener ninguna del todo, ya que interferiría con el libre funcionamiento de las fuerzas del mercado.

Ciertamente, Keynes y Kalecki no hubiesen tomado en serio una propuesta teórica de tal naturaleza. Sin embargo, este es el punto de vista macroeconómico que parece prevalecer en esta época de Neoliberalismo rampante. Puede entenderse entonces que si lo que tenemos aquí no es otra cosa que la ley de Say con ropaje moderno, resulta un ejercicio inútil confrontar esta escuela con lo tratado por Keynes y Kalecki. En

efecto, para esta visión del funcionamiento de la economía, la curva de oferta agregada sería perpendicular a un nivel de ingreso correspondiente a la tasa natural de desempleo, y todo intento de gestionar la demanda solo tiene un impacto en el nivel de precios.

No obstante lo anterior, cuando se leen los escritos de los autores más destacados de esta escuela, como por ejemplo Robert Lucas y Thomas Sargent, se encuentra uno con una prepotencia monumental (la tendencia, por lo general, es a descalificar a sus adversarios, aunque reconocen que no los han leído). En una serie de entrevistas que realizó Arjo Klamer, un economista Holandés, a economistas "Nuevos Clásicos" y sus oponentes de distintas tendencias (Nekeynesianos, Monetaristas y Radicales), Lucas respondía a una pregunta del entrevistador sobre las objeciones de los Postkeynesianos a sus planteamientos que "Buena... a los economistas Postkeynesianos no sé si tomarlos seriamente (risas)". Y a la pregunta de si alguna vez había leído algo de Marx o de Sweezy, su respuesta fue la de que "en varias ocasiones he leído algo ... pero realmente no he leído mucho". Por otra parte, cuando se lo interrogó sobre su teoría del desempleo voluntario, anotándole que su taxista era un contabilista que conducía un taxi porque no podía encontrar empleo, su respuesta fue que "yo lo describiría como taxista (riéndose) si lo que hace es conducir un taxi" (38). Igual tipo de respuestas pueden encontrarse por parte de Sargent y Townsend. Tal tipo de actitud resulta, por lo menos, sorprendente en economistas que, en nuestra opinión, no están ni en lo correcto ni en lo equivocado. Simplemente son irrelevantes para analizar de una manera sensible y racional los problemas más candentes de la problemática económico-social actual.

Notas

- (1) KEYNES, JOHN M., *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, FCE, México, 1986.
- (2) KEYNES, JOHN M., *Essays in Biography*, Macmillan, Londres, 1951. Edición expandida y editada por Geoffrey Keynes, p. 120-121. (p. 37 en la edición española).
- (3) Citado por Keynes en la *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, FCE, México, 1986, p. 321.
- (4) KEYNES, JOHN M., *Idem*, p. 154.
- (5) SWEEZY, PAUL M., *Teoría del Desarrollo Capitalista*, FCE, México, 1987, p. 153.
- (6) Citados ambos por Sweezy, Paul M., *Idem*, p. 154.
- (7) MARX, KARL, *El Capital, Libro I*, FCE, México, 1972, pp. 72-73.
- (8) LUXEMBURG, ROSA, *The Accumulation of Capital*, Routledge
- (9) ROBINSON, JOAN, "KALECKI Y KEYNES" EN ROBINSON, JOAN, *Contribuciones a la Teoría Económica Moderna*, SIGLO XXI, México, 1979.
- (10) SAWYER, MALCOM C., *The Economics of Michal Kalecki*, M.E. SHARPE, Armonk, New York, 1985.
- (11) KEYNES, JOHN M., "Laissez-Faire and Communism", New York, 1926, p. 48, citado en Mattick, Paul, Marx.
- (12) KEYNES, JOHN M., *La Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, FCE, México, 1986, p. 39.
- (13) ROBINSON, JOAN, *Idem*, p. 84.
- (14) HOWARD, M.C. Y KING, J.E., *A History of Marxian Economics: Vol. II, 1929-1990*, Princeton University Press, New Jersey, 1992.

- (15) KEYNES, JOHN M., Borrador de 1933 de la *Teoría General en sus Collected Works*, Macmillan, Londres, 1979, p. 81. Citado por Howard, M.C. y King, J.E., Idem, pp. 92-93.
- (16) HOWARD, M.C. Y KING, J.E., Idem, p.93.
- (17) Véase, por ejemplo, ROBINSON, JOAN, *An Essay on Marxian Economics*, Macmillan, Londres, 1966. (Hay traducción al español de Siglo XXI).
- (18) BHADURI, AMIT, *Macroeconomía: La Dinámica de la Producción de Mercancías*, FCE, México, 1990, p. 40.
- (19) LÓPEZ, JULIO G., *La Economía del Capitalismo Contemporáneo: Teoría de la Demanda Efectiva*, Facultad de Economía, UNAM, México, 1987, p. 23.
- (20) HOTSON, JOHN H., "The Fall of Bastard Keynesianism and the Rise of Legitimate Keynesianism" en Schwartz, Jesse (Ed.), *The Subtle Anatomy of Capitalism*, Santa Monica, Calif., 1977, p. 336.
- (21) PASINETTI, LUIGI L., *Crecimiento Económico y Distribución de la Renta*, Alianza Universidad, Madrid, 1986, p. 58. Schumpeter, Joseph A., *History of Economic Analysis*, Oxford University Press, New York, 1966, p. 473.
- (22) PUYANA F., JAIME, *Keynes y la "Nueva Macroeconomía Clásica": ¿Hacia el Surgimiento de un Paradigma Macroeconómico Neoliberal?*, Ponencia presentada en el Coloquio Keynes Hoy, Dpto. de Economía, UAM-Azcapotzalco, Septiembre 2 de 1996. Será publicado bajo el título: "La Incorporación de Keynes dentro del Neoclasicismo: Una Controversia Teórica", en el próximo Número de Análisis Económico, del Dpto. de Economía de la UAM-Azcapotzalco.
- (23) LEKACHMAN, ROBERT (Ed.), *Teoría General de Keynes: Informes de Tres Décadas*, FCE, México, 1964, pp. 308 y 325.
- (24) KEYNES, JOHN M. *A Treatise on Money*, Macmillan, Londres, 1930, p. 139.
- (25) Robinson, Joan, *Contribuciones a la Teoría Económica Moderna*, Siglo XXI, México, 1979, p. 14.
- (26) DIMAND, ROBERT W., *The Origins of the Keynesian Revolution*, Stanford University Press, Stanford, Cal., 1988, p.42.
- (27) La nomenclatura de la sectorización es diferente de la de Marx, ya que para este el departamento II era el productor de bienes de consumo obrero, y , en general, de bienes de consumo.
- (28) Véase, por ejemplo, OCAMPO, JOSÉ ANTONIO (Ed.), *Economía Postkeynesiana*, Lecturas del Fondo #60, Segunda Parte, los artículos de JOSEF STEINDL, PAOLO SYLOS LABINI, ARTHUR M. OKUN, ADRIAN WOOD, ALFRED S. EICHNER, G.C. HARCOURT Y PETER KENYON, Y PAUL DAVIDSON, FCE, México, 1988. Para un recuento de los intentos, por parte de economistas industriales, de medir el poder de negociación y el poder monopólico de las empresas (conceptos estrechamente asociados al de grado de monopolio de Kalecki) durante los últimos 30 años, véase SAWYER, MALCOM C., *The Economics of Michal Kalecki*, M.E. Sharpe, Inc., Armonk, N.Y., 1985, pp. 30-31.
- (29) Véase KRIESLER, PETER, KALECKI'S MICROANALYSIS: *The Development of Kalecki's Analysis of Pricing and Distribution*, Cambridge University Press, Gran Bretaña, 1987.
- (30) Para una presentación detallada del procedimiento utilizado por Kalecki para deducir sus resultados, véase: PUYANA F.,

- JAIME, *Modelos Macroeconómicos de Crecimiento*, UAM-I, México, 1995. pp. 82-83.
- (31) Véase LÓPEZ G., JULIO, *La Economía del Capitalismo Contemporáneo*, Facultad de Economía, UNAM, México, 1987, pp. 36-40. PUYANA F., JAIME, Idem, 101-103.
- (32) KALECKI, MICHAL, *Ensayos Escogidos sobre la Dinámica de la Economía Capitalista*, FCE, México, 1984, pp. 113-14. Es interesante destacar que en una nota a este comentario, Kalecki subraya que "la ecuación $Y = P/(1 - w)$, que refleja la relación existente entre precios y costos, está basada en la condición de oferta elástica (...) Si la oferta de bienes de consumo es inelástica, un aumento de la inversión no provocará un aumento del volumen de consumo, sino sólo un aumento del precio de los bienes de consumo". (Idem, p. 114)
- (33) Véase BHADURI, AMIT, Idem, pp. 48-67.
- (34) BHADURI, AMIT, Idem, pp. 40-78.
- (35) Entre los tratamientos mejor informados sobre el tema que conocemos se encuentran: SAWYER, MALCOM, *The Economics of Michal Kalecki*, M.E. Sharpe, Inc., Armonk, N.Y., 1985, Cap. 9, y FEIWEL, GEORGE R., *Michal Kalecki: Contribuciones a la Teoría de la Política Económica*, FCE, México, 1981, Caps. I y II.
- (36) Véase PUYANA F., JAIME, "De Keynes a la Síntesis Neoclásica: Surgimiento y Desintegración del Keynesianismo Bastardo", ponencia presentada en el Coloquio Keynes Hoy, de la Facultad de Economía de la BUAP y el Dpto de Producción Económica de la UAM-X, 10-11 de Junio de 1996; Idem, "La Incorporación de Keynes dentro del Neoclasicismo: Una Controversia Teórica", ponencia presentada en el Coloquio Keynes Hoy, Dpto de Economía, UAM-A, Septiembre 2 de 1996, e Idem, "Keynes, la 'Síntesis Neoclásica', y la 'Nueva Macroeconomía Clásica': Algunos Comentarios Generales", ponencia presentada en el Coloquio Keynes en Nuestra Mente, Dpto. de Producción Económica, UAM-X, Diciembre 4 de 1996.
- (37) Véase, por ejemplo, LUCAS, ROBERT E. JR., Y SARGENT, THOMAS J., "La Macroeconomía Después de Keynes", Análisis Económico, Dpto de Economía, UAM-A, Enero de 1988, Vol. vii, 12-13. También véase Sargent, Thomas J., *Teoría Macroeconómica*, Vol. I, Bosh (Ed.), Barcelona.
- (38) KLAMER, ARJO, *The New Classical Macroeconomics*, Wheatsheaf Books Ltd, Inglaterra, 1984, p. 35.